

El carbón encendido

Basilio Sánchez González
Médico



Aunque no deja de seducirme la idea de que un escritor debería limitarse a escribir bien y a dejar que sean sus propios textos los que le

justifiquen y definan, reconozco que la posibilidad de traer a estas líneas alguno de los libros que me iniciaron en la poesía, supone para mí una forma inocente de decirme, de desvelar mi territorio sin tener que recurrir a la insufrible e innecesaria elaboración de una poética.

No me cuesta afirmar que en esto de la literatura empecé tarde y con muy poca preparación; que si bien la lectura ya en mis primeros años llegó a ser importante, el cambio de actitud que significa aproximarse a un texto *no tanto por lo que dice como por la manera en que lo dice*, no se produjo en mí hasta el final de mis lecturas juveniles, una vez que los libros de aventuras -Stevenson, Salgari, Scott-, de espiritualidad -Lanza del Vasto, Chesterton, Tagore- y los libros científicos habían, respectivamente, conjurado en el niño sus horas solitarias, imbuido en el adolescente la necesidad de trascendencia y asegurado al joven una forma de vida.

Se recuerdan fácilmente los libros más recientes, los que están en la mesa, pero también de forma muy especial, los primeros, aquellos que fueron capaces de provocar en nosotros emociones profundas, entre otras razones porque no las esperábamos, porque procedían de lugares inexplorados, de países ni siquiera intuidos.

Hace ya más de veinte años que la casualidad, como tantas otras veces en la vida, hizo llegar hasta mis manos un libro y un autor del que nunca había oído hablar. Por entonces, preparaba como podía el examen de especialidad y el libro que venía a refrescar mis acalorados lances con la medicina era una antología de Austral de poemas de Rainer María Rilke. El amigo que me lo dejó -y que no sospechó apenas el efecto que en mí produciría- lo había subrayado y anotado en los márgenes hasta la extenuación. No eran los primeros poemas que leía, pero sí los que, por primera vez, me conmovían y destumbraban hasta el extremo de intentar emularlos con unos versos tan arrebatados como cándidos. Por no sé qué extraña razón, aquel libro se me hizo imprescindible, me acercaba a él, una y otra vez, como a un libro de culto, como al libro de salmos de una orden extraña a la que me sometía llevado por las afinidades, por el gozo del descubrimiento de experiencias

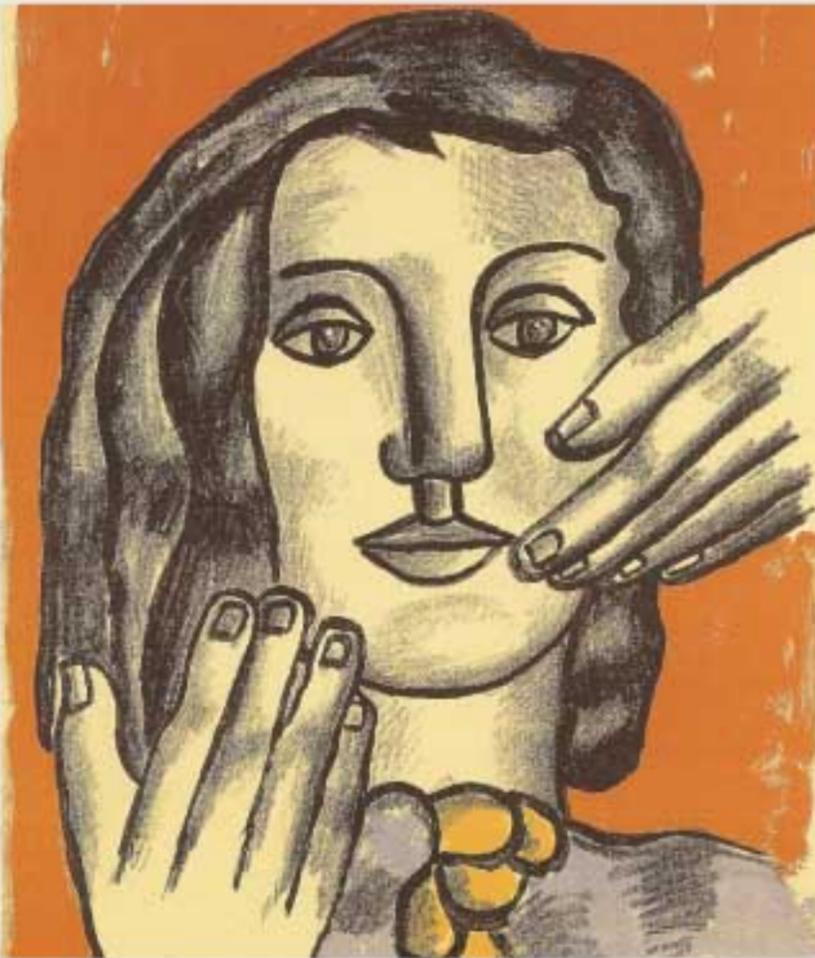
idénticas.

Ese libro, que aún conservo, llegaría a formar parte, junto a otras lecturas incipientes (*Sombra del paraíso*, de Alexandre; *El don de la ebriedad*, de Claudio Rodríguez; *Hiperión*, de Hölderlin; *Hojas de hierba*, de Whitman; *Residencia en la Tierra*, de Neruda) del pequeño escenario en que, a principios de los años 80, y con más voluntad que acierto, comenzarían a surgir mis primeros poemas.

No hay duda, escribe Gamoneda, de

Homero, hemos venido llamando *poesía*. Si, esa confusa manifestación del espíritu, ese acto secreto de intensidad que involucra tanto a quien la hace como a quien la recibe, que diría Brines.

Esa actitud que, en palabras del propio Rilke, ayuda a habitar, construye con palabras una morada simultáneamente sufrida y gozosa, precaria e invulnerable, donde todas las habitaciones comunican entre sí. Ese frágil cobijo en el que el hombre -criatura de



"Se recuerdan fácilmente los libros más recientes, los que están en la mesa, pero también de forma muy especial, los primeros, capaces de provocar emociones..."

que en esos primeros días se establece con los libros una relación que nos marcará para siempre: seremos hijos de nuestros libros si los hemos vivido y si nos han vivido a tiempo, o moriremos huérfanos de su insustituible progenitura. Los poemas de aquel escritor austriaco me hicieron descubrir la rama incandescente, el carbón encendido que se obstina en el lugar más íntimo de cada uno y que, desde

"... seremos hijos de nuestros libros si los hemos vivido y si nos han vivido a tiempo, o moriremos huérfanos de su insustituible progenitura"

tanto exilio- reconoce su única casa verdadera.

Los poemas de Rilke -alguno de cuyos versos me apresuré a incluir como prólogo de mi primer libro, al que de un modo un tanto *scott Fitzgeraldiano* titulé *A este lado del alba*- supieron hacerme para siempre testigo de ese milagro fecundo de comunicación en soledad, que es, en esencia, y en palabras de Marcel Proust, la lectura.

LA GUINDA

Ángel Paz Rincón

Rebajas

Se han terminado las rebajas, una etapa más del ciclo anual del consumo. Este fenómeno que ha requerido la intervención del Estado en su regulación, ha pasado a ser un elemento importante en el mundo simbólico del ciudadano/consumidor.

Desde esta perspectiva (dejando aparte el carácter meramente económico del negocio) haremos algunas consideraciones. Se trata, en primer lugar, de una práctica que define la clase social a la que se pertenece y que además clasifica al que lo practica. Fenómeno de ida y vuelta. La señora que espera de madrugada la apertura de los grandes almacenes pertenece a una clase social determinada y además su espera le reafirma en su grupo social de referencia. En esos momentos, los objetos ya no están en el escaparate (seducción), sino en el montón (vulgarización). Han perdido su valor añadido; no están de moda (los compraron, en su momento, las clases superiores) y, por tanto, su adquisición no asegura el acceso a un status social más elevado.

En esta sociedad lo nuevo es lo bueno, lo rebajado está fuera de temporada. El objeto pierde el valor de exclusividad; su consumo se ha masificado. Adquiere otro sentido: se ha convertido en un objeto barato y, de paso, ha reafirmado la condición social de quien lo compra que, necesariamente, sólo puede comprar barato como le corresponde. La ocultación de la relación de dominación se ha racionalizado. Su verdadero significado social: la confirmación diferente y diferenciadora de las distintas clases sociales.

El consumidor de rebajas suele convencido de su acierto, del chollo, y de paso produce su cualidad de dominado. Después de unos días volverán a aparecer los nuevos modelos caros, para los de siempre, que solamente después de haber sido utilizados en su momento saldrán devaluados. La clase social corporizada en la actividad consumista. ¡De la necesidad, virtud!

Así pues, la rebajas constituyen una nueva forma de dominación, de clasificación... y esta vez cuenta con el apoyo incondicional de los dominados. "¡Pégate a ti mismo!. ¡Colabora con la policía!". Era un grito pintado en el mayo parisino del 68.